

JUSTO NIETO. MUCHO MÁS QUE UN RECTOR

En los preliminares, uno se siente más diminuto cuanto más egregio presume al personaje. La sensación se incrementa cuando Justo Nieto Nieto me recibe en su siberiano (por lo vasto) despacho de regir y me estrecha la mano con la cordialidad y con la firmeza de los luchadores iraníes. Se le intuye corpulento bajo el traje, curtido, sin mostrar apenas en su aspecto los efectos de los estragos que el tiempo causa en los humanos. Al poco, cuando se distiende, superado el embarazo mutuo de los primeros témpanos, uno ya es consciente de que, al modo de los icebergs, su corpulencia reside mayoritariamente debajo de la tapa brillante de sus sesos. Es de esas ocasiones en que la palabra ajena se hace deleite propio.

Entre otros muchos cargos, Justo Nieto es el actual rector de la Universidad Politécnica de Valencia. Sus dieciséis años en el puesto, subdivididos en cinco legislaturas, le convierten en el de mayor antigüedad de las universidades españolas. Este bagaje de años y avatares le concede un doctorado tácito en el oficio (quizás destino) y arte de rector, un embarcadero al que llegó después de una activa singladura profesional por una extraña aleación de azar, obligación y deseo. Y aunque suene paradójico lo lleva a gala sin presumir de ello, como un determinismo infligido por la propia existencia.

Refiere que un rector es un político especial, un alquimista de la miríada de interacciones que se dan en la Universidad, un conjugador de lo interno y de lo externo, un buscador de equilibrios entre los desequilibrios inmanentes en un sistema tan complejo como corresponde a una universidad tan dinámica y expansiva como la UPV. Justo ejemplifica, como buen adalid del talante universitario, a un transgresor; apasionado y lúcido, cismático y conciliador. Más tarde volveré sobre ello.

Justo data de mediados de la posguerra civil. Natural de Los Nietos, ni siquiera una aldea de la Cartagena seca; ni reniega ni se enorgullece de sus orígenes. Con el tiempo ha aprendido a no saberse de ninguna parte pero sí a sentirse valenciano hasta el extremo del agradecimiento a una tierra en la que echó el ancla hace veintiséis años. Sus orígenes recuerdan a los de un poeta oriolano que murió poco antes de nacer él, pues también, como él, fue cabrero a sueldo en los secarrales murcianos, donde se llevaba las obras de Blasco Ibáñez que leyó íntegras antes de cumplir los diez años. Sin salir todavía de aquel sureste, obtuvo el título de Maestría Industrial y trabajó como mecánico hornero en una brigada de choque que atendía el mantenimiento de un petrolero. Las entrañas de las máquinas le acabarían entregando sus secretos. En esa época se aficionó al flamenco y con el tiempo haría de su afición erudición, hasta el punto de vincularse estrechamente con el *Festival del Cante de las Minas*, vínculo que renueva cada año. Se medio lamenta con una media sonrisa de su falta de talento para el cante.

Resulta una temeridad, por lo prolija, compendiar la actividad profesional de Justo Nieto antes de su arribada, a los cuarenta y tres años de su edad, al rectorado de la UPV. Ese día, como Blas de Otero, comprendió y rompió todos sus versos. Dejó de lado de manera definitiva sus amadas máquinas, sus abstrusos teoremas

y se parapetó en la trinchera de las ideas. Antes de adentrarme en ellas, apuntaré a grandes trazos que también fue camionero y algún oficio más sin cualificar. Ha ejercido como catedrático de Matemáticas en la Universidad de Físicas de Santander, de Ingeniería de Máquinas en Barcelona. Lo cito sin orden, a propósito, porque creo entender que su existencia ha transcurrido entre medias de un caos controlado y ferozmente creativo y fecundo. Así lo demuestran sus incontables publicaciones y ensayos sobre sus especialidades, especialmente las matemáticas y las máquinas. Para hacer valer esta faceta, no por lejana olvidada, recuerda, sin añoranza, que antes que rector fue investigador.

Valencia lo acabó de hornear como individuo. Fue toparse con lo valenciano y no buscar otro paraíso. Él, tan poco dado a creer en paraísos. Proclama la existencia en abstracto de un hedonismo valenciano que induce a pecar. Consumado viajero de libros y paisajes, no recuerda tierra en donde el individualismo se haya desarrollado de semejante manera, consecuencia de la falta de cúpulas capaces de acoger a los diferentes colectivos que componen el mosaico social, en una demostración de pobreza institucional y asociacionista a gran escala. Ese individualismo que Justo ya llevaba de cuna y que Valencia le acentúa, le deriva en independencia, en un punto de egoísmo, en libertad en definitiva; entendidos estos conceptos como cualidades que impulsan siempre hacia adelante. Se me antoja que Justo es un perseguidor innato de la libertad como corolario de todas las esencias.

En el vademécum existencial de Justo figuran el gusto por el riesgo y la provocación en lugares preeminentes. No hay progreso sin riesgo, denuncia. Lo peor es lo que no se hace porque en el conjunto de las ideas también viven las buenas esperando a ser extraídas. Por consiguiente se declara enemigo de los vagos y de los inmóviles.

Toda esta línea de pensamiento la traslada a su universidad. *Maestros de hoy con memoria de ayer deberíamos explicar las cosas que han de ocurrir mañana*, entresaco literalmente de uno de sus inefables discursos de una investidura *honoris causa*. Sin falsa modestia reconoce que su familia universitaria suele aceptarle esta provocación, encaminada sustancialmente a sonsacar de los alumnos lo que cada uno lleva dentro mediante una formación digna para fortalecer una habilidad con la que se gane la vida futura al tiempo que crearle una capacidad adictiva al estudio para que este no concluya con la etapa universitaria. Sin duda la UPV lleva la impronta de su personalidad.

Desmitificador de la Universidad, pregona que ni es el único templo del saber ni guarda la fórmula de la pureza. A este respecto, su ideología díscola, divergente de la corriente de opinión tradicional y mayoritaria de los demás rectores, le hace referirse a sí mismo, con un punto de jocosidad, como el garbanzo negro de los rectores españoles. Pero cuando la palabra no basta para delimitar a un hombre, la precisión de los números lo pone en su lugar. La UPV ha pasado de apenas nada cuando Justo accedió al rectorado, a obtener unos ingresos anuales de más de 42 millones de euros por financiación privada, reflejo de la política aperturista y plural de la Universidad, entendida como un catalizador de la sociedad de la que forma parte. Investigar, experimentar, equivocarse, evolucionar...

Gran conversador, prestidigitador de la palabra, convencido de que en ella se esconde la explicación del mundo, tiene por norma la exigencia de que lo escrito se corresponda fidedignamente con lo pensado o con lo dicho. Este rigor no deriva en encorsetamiento (Justo y los corsés se repelen) idiomático sino que le genera un estilo festoneado de imágenes polícromas, de metáforas de luz, adobado con esa mirada poética que utiliza para desolemnizar lo ceremonioso sin robarle exactitud.

Discreto en su vida privada, cuando oficia de persona anónima vive retirado del mundanal ruido en Olocau, en una casa de campo aislada donde en ocasiones se despelleja algún dedo con cualquier apero de los que utiliza para cultivar su huerto en primera persona, quizá como una reminiscencia por llevar esa independencia que profesa hasta el límite imposible de la autarquía.

Senderista, nadador, ciclista con hábitos de escalador, procura conservar su fortaleza genética y hacer bueno el latinajo de... *in corpore sano*. La sanidad de la mente es más que manifiesta.

Confiesa que no tiene ídolos (con la excepción de doña Concha Piquer), que no rinde culto a casi nada y lo ama casi todo, que le gustaría pasar una tarde conversando con García Márquez o con cualquier otro literato sudamericano mágico de los que degusta. Integra todo lo que está a su alcance que le pueda reportar beneficio. Refrendando a Horacio, nada de lo humano le es ajeno. Se encuentra a gusto viviendo, viviendo lúcido. En agasajo, quisiera ser irracionalmente longevo, pero se teme y me temo que no le valdrán ni las coplas ni su sabiduría en matemáticas para engatusarla y perpetuarse como la agrupación de células que ahora lo define. Sin embargo, sus hechos y su obra harán las veces.